

A black and white portrait of a young man with dark, wavy hair, looking thoughtfully to the left. His hands are clasped together near his chin. He is wearing a dark shirt with a white floral pattern. The lighting is dramatic, with strong highlights on his face and hands against a dark background.

# Antonio, el niño que bailaba con el organillo

Por Marta Carrasco

En aquellos años la ciudad aún no se veía agobiada de coches. Por las recoletas calles del Barrio de San Lorenzo, se podían ver los caballos del conde de Santa Coloma, que vivía en el Palacio Bucarelli en la calle Santa Clara. Los mayores exhibían a los animales cuando venía un comprador o simplemente para que hicieran ejercicio. Los niños de la calle se sentaban en pequeñas sillitas como si fuera un espectáculo de circo, y veían cómo los animales surcaban arriba y abajo el empedrado. ¿Todos los niños?, no. Uno de ellos no los miraba. Se situaba detrás de alguno de los animales e imitaba su paso ante el regocijo del resto de los amigos.

Eran niños que jugaban libres, en una calle sin coches, con gente que deambulaba, areneros, aguaores, vendedores ambulantes, hieleros..., y que cuando era la hora de la merienda se metían a hurtadillas a través del patio de entrada del Monasterio de Santa Clara, un convento de clausura que daba nombre a la calle, hasta la torre albarrana de Don Fadrique, cuya leyenda se perdía en los tiempos de Pedro el Cruel.

En esa hermosa y alta torre los niños jugaban a ser reyes y villanos, y sobre todo a trepar por el último mástil que llevaba a la cumbre. Antonio y su amigo Antonio, dos elementos, como los llamaban sus madres, eran los más atrevidos. Sobre todo Antoñito, un pizpireta crío, menudo y con la sonrisa siempre puesta. Él era también el que imitaba los pasos de los caballos del conde.

Antoñito vivía en la calle Álvaro de Bazán esquina a Santa Clara. Había nacido en la calle Rosario, pero su tía tenía una casa y fueron allí a vivir todos los Ruiz Soler, encabezados por su madre. Una vez por semana aparecía por la calle un organillo. Era el mismo que iba a la calle Conde Torrejón donde estaba el Hostal Paraíso, un lugar que alojaba a las compañías de teatro que en aquellos años veinte y treinta del pasado siglo, visitaban Sevilla.

Entonces era cuando Antoñito se sentía a gusto. El organillero ponía la música y él su baile. “¡Antoñito está bailando!” y entonces las madres sacaban sillas de anea para verlo y el hombre de la música sonreía encantado porque le llegaban más “perras”.

Porque a Antoñito, Antonio Ruiz Soler, le gustaba bailar, eso estaba claro. Pero la familia no se podía permitir las tres pesetas que costaba la academia del Maestro Realito en la Alameda de Hércules. Así que su tía Ana surgió una vez más como salvadora y le pagó la Academia. Al poco de estar allí el maestro se dio cuenta de que Antonio a pesar de su corta edad y estatura, tenía madera de bailarín, y se empeñó en enseñarle aún más cosas.

En unos meses, Antoñito pagaba al maestro en lugar de con pesetas, con clases. Él enseñaba a las más pequeñas, las niñas de cinco y seis años, a bailar las sevillanas. Así lo recuerda María Antonia, una de sus vecinas de la calle Santa Clara hoy con 93 años: “él nos daba clase en una habitación que había en la Academia del maestro entrando a la izquierda. Allí estábamos las pequeñas, y se ponía con nosotras una y otra vez. Nos ataba un lacito al pie derecho para que supiéramos por cual empezar”.

María Antonia conocía bien a Antoñito. Era de la panda de la calle Santa Clara, y Antoñito iba a merendar a su casa porque le daban pan con chocolate. “Mi tío Antonio, que se llevaba conmigo cinco años, era su amigo de correrías. Juntos hacían mil travesuras, pero era buen chaval, eso sí, no dejaba nunca de moverse, y cuando bailaba con el organillo era para verlo, las madres paraban los quehaceres y salían a la calle. Era la gloria verlo bailar y alzar los brazos”, recuerda María Antonia.

A poco de estar en la Academia conoce a una pizpireta niña que se llama Rosario con la que más tarde formaría un dúo que se llamó “Los Chavalillos sevillanos”.



Retrato de Antonio Ruiz Soler, Antonio el bailarín

Antonio aprendió con Realito sus primeros pasos, pero luego, cuando ya tuvo algún dinero gracias a las actuaciones que hacía con el cuadro del maestro en ferias y fiestas, se pagó clases con Frasquillo, el maestro Otero y los Pericet.

La primera actuación que hacen Los Chavalillos sevillanos, con sólo siete años, es en el teatro Duque de Sevilla en 1928, año en el que también bailan en el Pasaje de Oriente para el infante don Carlos y hacen su primera salida fuera de España, a la Feria Internacional de Lieja (Bélgica). En el año 1929 se celebra en Sevilla la Exposición Universal y Antonio y Rosario bailan ante su Majestad la Reina Victoria, que acude al evento.

Comienzan a actuar y a ser conocidos. Actúan en el Pasaje Oriente de la mano del maestro Rafael Pericet, y poco después les surge un contrato para Barcelona. Era el año 1936, las cosas no iban bien en España, pero ellos eran aún unos niños. Estalla la Guerra Civil y desde Barcelona consiguen pasar a Francia, embarcando poco después para Argentina, donde comienzan a hacer una gira que terminará en Estados Unidos.

Un mundo nuevo se abre para Antonio Ruiz Soler, y su pareja, Rosario. Ya no son los Chavalillos Sevillanos, sino Rosario y Antonio. El bailarín empieza a beber de los nuevos vientos del teatro. Aprende cómo se ilumina, a equilibrar el sonido, usar la escenografía..., todo

es nuevo. No hay límites para los medios que les ofrecen los teatros norteamericanos, y menos aún para lo que está a punto de llegar que es Hollywood.

Actúan en la famosa sala del Walforf-Astoria de Nueva York, y recrean "Corpus Christi en Sevilla" de Albeniz en el escenario del Carnegie Hall, con un gran éxito de público y de crítica.

En ese momento se abre una etapa que ninguno de los dos, Antonio y Rosario, creyó que iba a durar nada menos que doce años. Comienzan a hacer giras por Estados Unidos, les reclaman en Los Ángeles donde se encuentran con Antonio Triana, que ya ha triunfado con Carmen Amaya en ese país, y actúan en lugares como la sala de fiestas Chateaux Madrid de Nueva York, que concitaba a los flamencos entonces huídos de España en pos de trabajo.

Durante esos doce años no dejan de montar espectáculos y obras como "Zapateado", "La Jota", "Viva Navarra" de Larregla, el "Zorongo Gitano", una selección de "Goyescas" de Granados, las "Danzas número IX y VII (Valencianas)" de Turina, el "Café de Chinitas" con letra de Federico García Lorca, el "Sacromonte", "Sevilla" y "Malagueñas" de Albeniz, fragmentos de "El Amor Brujo" y el "Sombreo de Tres Picos" de Falla.



Antonio y Rosario

Y además les llama Hollywood. En 1941 graban “Sing Another Chorus” de Charles Lamont y “Ziegfeld Girl” de Robert Z. Leonard. En 1944 ruedan “Pan Americana” de John H. Auer y en 1945, “All Star Music Revue”, un cortometraje de Jack Scholl.

Pero ambos querían volver. Eran conscientes de que a su regreso a España serían unos perfectos desconocidos, pero no importaba, les tiraba más regresar a España. En 1949 llegan a Madrid, y no consiguen al principio ningún contrato. Finalmente, a través del maestro Lusarreta firman una actuación en el teatro Fontalba de Madrid. El estreno se convierte en un gran éxito y de siete recitales contratados pasan a cincuenta y cuatro con llenos diarios y la entrada nada menos que a 30 pesetas, cuando lo habitual en aquellos días era un precio de quince.

Ambos, Rosario y Antonio bailan bien juntos, pero no conviven de la misma forma. El fuerte temperamento les lleva a separarse, algo que se hizo patente físicamente cuando tienen una pelea en la misma escena del teatro Champs-Élysées que trasciende al público. En 1952 después de cumplir algunos compromisos en Roma y Barcelona, rompen definitivamente su relación artística.

Rosario diría años después que Antonio quería crear un modelo de ballet con el que ella no estaba de acuerdo. Antonio nunca dio ninguna explicación. Se forjó su propia carrera. (En 1964, de forma excepcional, volverían a reunirse la pareja por última vez, para hacer una tournée con etapas en España en Inglaterra, en los Teatros Opera House y Royal Druy Lane de Londres; viajan a Rusia por primera vez y actúan en Leningrado, Kiev y Moscú, con enorme éxito. Continúan la gira por Estados Unidos y finalmente se separan de forma definitiva en Chile).

En 1953 Edgar Neville, a quien había conocido Antonio en Los Ángeles cuando éste era cónsul de España en esa ciudad, le llama para que intervenga en su película “Duende y Misterio del Flamenco”. Y en ese film se produce la aparición de Antonio bailando por primera vez el martinete en el Tajo de Ronda, una imagen hoy icónica. Otra secuencia más de la película sería la de Antonio bailando las Sonatas del Padre Soler frente al monasterio de El Escorial de Madrid. Una muestra de la diversidad de estéticas que cultivaba el bailarín y bailaor.

Antonio crea pronto su compañía y le pone su nombre por delante. “Antonio Ballet Español”. No sólo es el primer bailarín, sino que además selecciona a la compañía, busca cantaores de peso como Antonio Mairena o

guitarristas como Manuel Morao; trabaja con pintores abstractos como José Caballero para que le haga las escenografías, y con músicos como Ernesto Halffter..., pero sobre todo, crea nuevas coreografías y obras que luego formarán parte con el tiempo de la historia de la Danza Española.

La nueva compañía se estrena en los Jardines del Generalife de Granada, en el marco del Festival Internacional de Música y Danza y la forman 35 bailarines. En el elenco, Rosita Segovia como primera bailarina. El Ballet es un éxito, y son solicitados por los teatros de España y Europa.

Los éxitos internacionales continúan. Leonide Maslennikov llama a Antonio para que estrene "El Sombrero de Tres Picos" en el Teatro de la Scala de Milán, y al año siguiente Antonio crea "Capricho Español", de Rimsky-Korsakov.

Los programas de las compañías de la época, como las de Pilar López y anteriormente su hermana Argentinita, eran amplias y diversas. No se limitaban al flamenco, sino que incluían folklore, Escuela Bolera y Danza Española. Así Antonio crea obras como "Suite de Sonatas", del Padre Soler; "El Amor Brujo" y "Sombrero de tres picos", de Manuel de Falla; "Fantasía Galaica", "Jugando al toro", "Cerca del Guadalquivir", "Eterna Castilla", "La Taberna del Toro", "Suite Iberia" y "Resurrección de la Petenera", entre otras muchas.

El Ballet de Antonio forma parte siempre de la programación de los Festivales de España, y es el primer ballet español que pisa la Unión Soviética cuando ese país no tenía ni siquiera relaciones diplomáticas con España, algo que le produjo a Antonio algún que otro

disgusto, recompensado por el enorme éxito y veneración que desde ese momento tuvo en la actual Rusia.

En el año 1965 decide cambiar el nombre a la compañía y la denomina "Antonio y sus ballets de Madrid" y estrena "Concierto andaluz" de Joaquín Rodrigo, un ballet en un acto. En el VII Festival de la ópera de Madrid de 1970, se realiza el estreno mundial de "*Torre bermeja*" y "*Córdoba*" que dedica a Isaac Albéniz, y "Danza de la gitana" y Primera de «La vida breve» de Falla.

En 1978 Antonio quiere dejar de bailar. Piensa en la retirada y para ello necesita regresar a su ciudad, a Sevilla. Crea un espectáculo que se titula "Antonio y su teatro flamenco" que se estrena en el Teatro Lope de Vega de Sevilla, en el que baila por tarantos, carcelera, bulerías, tangos de Málaga, martinete, caña, granaínas..., es su despedida, un canto del cisne que se hará realidad cuando se baja del escenario, definitivamente, en el año 1979 en la ciudad japonesa de Sapporo.

En 1980 el Ministerio de Cultura lo llama para ponerse al frente del Ballet Nacional de España sucediendo en el cargo a Antonio Gades. Sólo estará algo más de dos años. Será cesado por el siguiente director general de Música y Danza, Jesús Aguirre, a la sazón Duque de Alba. Durante su estancia en el Ballet Nacional Antonio monta coreografías como "Sonatas", "El sombrero de tres Picos", "Fantasía Galaica", entre otras. Salió muy



dolido de su cese del Nacional, al sentirse maltratado por el Ministerio.

Tras este cese, Antonio desapareció del mundo de la escena hasta que en 1987, es reclamado por su amiga la bailarina sevillana María Rosa, para cuya compañía montó la obra "Romería del Rocío" que se estrenó en el teatro Monumental de Madrid y luego en el Real Alcázar de Sevilla.

En el año 1988 Antonio visitaba Sevilla con unos amigos. Se celebraba en la ciudad la Bienal de Flamenco y en el hotel Triana se ponía en escena un "Día dedicado a Cádiz" con artistas como Chano Lobato, Juan Villar, Mariana Cornejo, Curro Lagamba..., y entre el público, de incógnito, Antonio. La gente lo miraba, lo mirábamos, cuando de repente Chano Lobato le dedicó uno de sus cantes, porque Chano fue cantaor durante muchos años en su ballet. Lo que nadie esperábamos es que en el fin de fiesta Antonio bajara del balcón donde estaba sentado para incorporarse al elenco del escenario. ...¡Y fue la locura!, porque con el cante de Antonio de Gaspar hizo una vuelta por bulerías que ya es

historia de la Bienal y que quedó en la retina y en el corazón de quienes pudimos verlo.

Antonio enfermó. Una hemiplejía lo mantuvo en una silla de ruedas hasta el final de sus días. El que tanto bailó... el destino quiso parar su cuerpo al final de sus días. Falleció el 6 de febrero de 1996. Está enterrado en el cementerio de San Fernando de Sevilla. En su panteón se eleva hacia el cielo una escultura que le recuerda bailando obra de Juan de Ávalos.

El gran Serge Lifar dijo de Antonio: "Antonio El Brujo posee una magia que filtra y nos hechiza. Nos lleva consigo en esta lucha de amor, de celos y de seducción, que viven en una sola persona. Es toro y matador, la arena y el público, la muerte y la vida, es el vencedor y el vencido en sí mismo, el instinto, la armonía, la geometría, el acento ordenado, la vida de este instrumento divino: el hombre".

El 4 de noviembre de 2021 será el centenario de su nacimiento. En Sevilla nació el que será uno de los genios de la Danza Española para la eternidad.